

estaba en manos del grupo que con razón se denominaba de los trabajadores, pues el peso del trabajo que sobre él cargaba solo era superado por su laboriosidad y actividad. Esto les creó una posición que con toda su ciencia y toda su energía no hubieran podido crearse.

En la dirección de la guerra por parte de los aliados había ocurrido un cambio que la despojaba del aspecto temible (1) que tomara después de las derrotas de Dumouriez y de la caída de las plazas de Condé, Maguncia y Valenciennes. En el Rin central, la acción de los prusianos y de los austriacos quedó paralizada por las diferencias relativas a Polonia, y en los Países Bajos, toda la superioridad alcanzada por el príncipe de Coburgo se perdió con la marcha del duque de York sobre Dunquerque, plaza que los ingleses querían conquistar aun cuando su conquista hubiera de ser un perjuicio para la campaña en general. La separación del ejército aliado produjo inmediatamente sus efectos (2).

Con unos 37,000 hombres (ingleses, hanoverianos, henses y austriacos) se dirigió el duque de York a Dunquer-

que; recorrió en nueve días catorce millas y al llegar al lado oriental de la fortaleza no se encontró en estado de cercar la por completo ni siquiera por tierra. Para establecer un sitio en regla, faltaban ingenieros y material, y para el bombardeo eran precisos cañones de gran calibre; además, y esto era lo principal, no se divisaba la escuadra inglesa con la cual había contado. No había todavía causado daño alguno a los sitiados, cuando estos, mandados por el general Souham, tomaron, a su vez, la ofensiva: soltaron los diques que había en la parte Sur de la fortaleza; quedó inundada toda la comarca y esta inundación cortó las comunicaciones entre los hanoverianos, que en número de 15,000 estaban a las órdenes del general Freitag, y el grueso del ejército.

El general Houchard, con 50,000 hombres, cayó el día 6 de setiembre, en Hondschooten sobre las reducidas fuerzas hanoverianas, las cuales en aquella jornada, lo propio que en el segundo combate del 8 de setiembre, se defendieron como verdaderos héroes, aunque en definitiva sucumbieron ante la superioridad del enemigo. Con esto se decidió el le-

*L'avezant de signer le petit papier ci-dessus que M. de Brabant
Salvante de que se trata cada uno que exco... M... comp...*

ARCHIVES
SECT. des
110 NOVEMBRE

Louis CHARLES CAPET
Simon aprouve en present de la racion
aute simple

Facsimile de la firma de Luis XVII y de la del zapatero Simon, puestas al pie de la declaración que este último le obligó a escribir contra su madre. Consérvase en el archivo nacional de París

vantamiento del sitio de Dunquerque; y el ejército del duque de York hubiera sido hecho prisionero, si el general Houchard hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu para marchar de Hondschooten a Furnes, cortando de esta suerte

al duque su única línea de retirada. Este, sin embargo, no sin haber abandonado la artillería de sitio, consiguió escapar felizmente y unirse en Furnes a un contingente de treinta mil hombres; fuerzas que parecieron tan temibles a Houchard que renunció a todo ulterior ataque y se dirigió a libertar a Le Quesnoy. Llegó, sin embargo, tarde, pues Le Quesnoy había caído en manos de los austriacos antes de que llegara la vanguardia de Houchard, el cual perdió toda su campaña cuando retrocedió hacia Lila por el Lys, evacuó a Maine, y permitió al duque de York unirse, en la comarca de Tournay, con el príncipe de Coburgo. Houchard pagó poco después en el cadalso su impericia como general: sin embargo, la liberación de Dunquerque fue un acontecimiento que produjo gran influencia moral. Al mes siguiente el general Jourdan, con la victoria de Wattignies (15 y 16 de octubre), consiguió levantar el sitio que los prusianos tenían puesto a Maubeuge. Pero los hechos de armas decisivos

(1) *Mémoires de Carnot par son fils*, I, pág. 392. «Si los ejércitos aliados, inmediatamente después de la caída de Maguncia y de la de Valenciennes, hubiesen marchado directa y rápidamente sobre la capital, nuestros soldados abatidos y nuestros batallones apenas organizados les hubieran ofrecido escasa resistencia; los hombres de guerra no habían entrado todavía a formar parte de la comisión de Salvación pública; la leva en masa decretada el 23 de agosto no comenzó a cumplirse seriamente hasta dos meses después; y quince días bastaban a un ejército triunfante para llegar a París.»

(2) Para lo que sigue véase Sybel, II, pág. 380, que copia los documentos del archivo de la Guerra.

ocurrieron en la segunda mitad del mes de diciembre: el 19, el general Bonaparte se apoderó de Tolon; el 28, el general Lázaro Hoche hizo levantar el sitio de Landau; militares ambos que había sabido descubrir los secretos de

mirada de Carnot de entre las filas del militarismo jacobino.

En esta esfera era maestro Carnot y en ella prestó verdaderos servicios a su patria. La destitución de todos los oficiales nobles había sido uno de los primeros hechos del período del Terror, y en su consecuencia el ejército del Rin, por ejemplo, había perdido en pocas semanas siete mil oficiales (3). Esto hubiera producido en todo el ejército una funesta anarquía, si la Francia no hubiera tenido en Carnot un hombre experimentado y especialista que buscó el mejor remedio que podía encontrarse. En virtud de la ley militar de 24 de febrero de 1793, que en este punto no fue en manera alguna modificada por la de 23 de agosto, el servicio de las armas llevó al ejército lo mejor de las clases media y campesina. La canalla se quedó en las poblaciones formando los tribunales y las juntas revolucionarias o sirviendo en el ejército revolucionario por cuarenta sueldos diarios, al paso que la juventud de la buena sociedad se reunió en los campamentos. Tanto como era innoble el puñado de hombres que «salvaba» a la patria en el interior, eran buenas y escogidas las fuerzas de defensa que el servicio forzoso llevaba a las fronteras. En ninguna época de la historia un organizador ha dispuesto tan libre y absolutamente de la sangre de la juventud hábil de su patria, como Carnot, cuando de entre los reclutas escogidos confió los cargos de oficiales al talento, que desde aquel momento peleó en los campos de batalla

(3) Sybel, II, pág. 379.

con los grados de capitán, coronel y general. A él mismo, aunque no a él solo, podían aplicarse sus excelentes palabras: «Muchas veces las circunstancias desenvuelven en nosotros cualidades que nunca hubiéramos podido sospechar: ellas dejan que el alma se desarrolle y le dan impulso.» Nunca se cansaba de recomendar a sus colegas «que estudiaran los servicios modestos de los jefes de batallón y de los oficiales de los más ínfimos grados (1).» Su mirada no se equivocaba nunca al clasificar los talentos que se necesitaban para el ser-

vicio militar, tan indispensable para la Francia revolucionaria.

El mismo Carnot ha descrito sucintamente en su carta al ejército del Rin su sistema militar: «Atacar constantemente y siempre con fuerzas superiores, procurando caer, cuando menos lo esperen, ora sobre un punto, ora sobre otro. No queremos que se nos diga que tal ó cual destacamento ha resistido el ataque de un ejército superior: estos casos siempre suponen ó impericia ó falta de vigilancia. El arte del general consiste en proceder de manera que el enemigo, preséntese donde



Maria Antonieta ante el tribunal revolucionario.

quiera, se encuentre con fuerzas superiores a las suyas (2).» Esta teoría, tan antigua como el mismo arte de la guerra, llegó a ser una imprescindible necesidad para la Francia. A sus oficiales, promovidos a tales de la noche a la mañana, les faltaban conocimientos científicos y experiencia militar; sus tropas carecían de instrucción y de disciplina; en su consecuencia no podía hacerse una guerra de maniobras en el sentido de la escuela antigua, en la cual todo se lograba por la instrucción del individuo y la conservación de las unidades tácticas. En cambio no faltaban soldados en número casi inagotable (3), ni ardientes deseos de obrar, ni valor impe-

(1) *Mémoires sur Carnot*, I, pág. 420.

(2) *Mémoires sur Carnot*, I, págs. 435-436.

(3) A pesar de que, como ha demostrado Sybel (II, pág. 392), los «catorce ejércitos» de la República, lo propio que el cuento de los «millones de combatientes» de octubre de 1793, descansan en grandes exageraciones.

tuoso. De aquí que se considerara naturalmente el ataque de las masas como el sistema más adecuado así al espíritu nacional como a la situación exterior del pueblo francés. Examinando bien la cuestión, era únicamente necesario encontrar los hombres que supieran dirigir este sistema de guerra sin tenerles que aconsejar de continuo, y una vez hallados y puestos en los lugares que les correspondieran, defenderles contra la pasión, la maldad y la ignorancia que aparecieran en el campamento, en el club ó en la Convención. La habilidad con que Carnot supo encontrar tales hombres solo estaba superada por la abnegación con que les defendió contra el furor de sus poderosos enemigos. Una y otra conoció por experiencia el advenedizo Lázaro Hoche, el cual en agosto de 1793 se conquistó el corazón de Carnot con un documento que comenzaba con estas palabras: «Cesemos de fraccionar nuestras fuerzas, reunamos grandes masas y ganemos orgullosamente la victoria. Hacemos una guerra de bro-

ma, una guerra de polichinelas, y seguimos al enemigo allí donde se nos presenta: nosotros vamos á donde él nos conduce, sin una idea, sin un plan propios. ¿No podríamos estudiar lo que tenemos que hacer sin pensar antes en los movimientos del adversario?» «Este es, dijo con júbilo Carnot, un oficial que hará carrera.» Robespierre leyó también el documento, y la impresión que le produjo se pinta en estas palabras: «Este es un hombre sumamente peligroso (1).» Para no sucumbir en aquella guerra universal le bastaba al ejército de reclutas de Francia con tener los mejores generales; pero desde el momento en que los héroes del campo de batalla eran considerados peligrosos por los gobernantes de la República, precisamente por las cualidades que les hacían temibles de sus enemigos, se veía claramente que la República, que solo vivía porque podía excusar todas las violencias con las necesidades de la guerra, estaría completamente perdida desde el momento en que con la guerra desapareciera aquel derecho fundado en la necesidad. A consecuencia de esto, los gobernantes se encontraban en tal situación que la derrota y la victoria de las armas francesas les infundían igual pánico, y que no podían prescindir de militares de relevantes dotes, ni podían tampoco sufrirlos.

CAPITULO X

LOS ASESINATOS EN MASA Y EL FIN DEL TERRORISMO

La Revolución hacía tiempo que había roto con todas las tradiciones no solo del Estado monárquico, sino también de la Iglesia católica; solo le faltaba romper con todo lo que el cristianismo y la civilización cristiana habían dejado, y esto lo hizo el jacobinismo dominante cuando, desde octubre de 1793, se sintió suficientemente fuerte para creer en la irrevocabilidad de sus actos.

El 21 de setiembre de 1792, fecha en que la Convención había destruido la monarquía, fué considerado como el principio de la «regeneración» de Francia, y al siguiente día, el primero en que el rey había dejado por completo de serlo, comenzó la cronología de una época, contándose los años por la fundación de la República en vez de contarse por el nacimiento de Jesucristo. Para hacer constantemente presente á los franceses, cada día y á cada hora, que todo cuanto había acontecido antes de aquella fecha había sido un sueño, no bastaba la nueva cronología de los años, ni la nueva designación del día primero del año; era además preciso un calendario completamente nuevo que diera distintos nombres á los meses, que variara las semanas, que modificara los domingos y días de fiesta, que cambiara los nombres de los santos, en una palabra, que destruyera por completo el calendario cristiano hasta que no quedara huella de él. A esta necesidad ocurrió el diputado Fabre d'Eglantine con una obra (2) acerca de la cual, en 24 de octubre de 1793, presentó á la Convención, en nombre de la comisión, un dictamen para que se redactara el nuevo calendario que comenzó á regir en 24 de noviembre (3). La proposición comenzaba con estas palabras: «La regeneración del pueblo francés y la fundación de la República hacen de indispensable necesidad cambiar la cronología tradicional. Los años en que nos opri-

(1) Sybel, II, pág. 401.

(2) *Hist. parl.*, XXXI, págs. 415-427. En vez de la fecha 6 de octubre de 1793, que allí se consigna, hay que poner 24 de octubre, según se desprende de la pág. 427 de este tomo y de la pág. 9 del tomo XXIX de dicha obra.

(3) Véase el decreto del 4 frimario del año II de la República (24 de noviembre de 1793) con la instrucción de Romme *Hist. parl.*, XXXI, pág. 428.

mieron los reyes no pueden contarse como tiempos en que hemos vivido. Las preocupaciones del trono y de la Iglesia, las mentiras así del uno como de la otra, manchan todas las páginas del calendario de que nos servimos. Habéis cambiado este calendario; lo habéis sustituido por otro en el cual el tiempo está medido más justa y simétricamente, pero esto no basta. El inveterado uso del calendario gregoriano ha llenado la inteligencia del pueblo de una multitud de imágenes que este ha adorado durante mucho tiempo y que hoy han llegado á ser la fuente de sus errores religiosos. En su consecuencia, es preciso sustituir esas quimeras de la ignorancia por las realidades de la razón, y las mentiras de los sacerdotes por la verdad de la naturaleza.» En vez de las falsas imágenes arraigadas en el espíritu del pueblo, debían presentarse imágenes verdaderas: sin imágenes nada se consigue, pues sin su auxilio nada concebimos, nada comprendemos, nada retenemos. ¿Y á qué esfera de la actividad humana había que ir á buscar esas imágenes? A la agricultura. «Es preciso, se decía más adelante, aprovechar esa feliz coyuntura, por medio del calendario, el más extendido de todos los libros, para atraer de nuevo al pueblo francés á la agricultura. La agricultura es el elemento político de un pueblo como el nuestro á quien la tierra, el cielo y la naturaleza tratan con tanto cariño y predilección.»

Si se aplican el lenguaje y los ideales sentimentales de Rousseau á la revolución que se verificaba en Francia, diremos que el gran mérito de esta consiste en sustituir el imperio de lo antinatural por la soberanía de la naturaleza. Lo que era para el Emilio de Rousseau la jardinería, era para la Francia jacobina la agricultura, á saber: la escuela de la vida natural en la libertad y en la igualdad, sin despotismo ni supersticiones, sin lujo y sin gravámenes. Libertar á la Francia de la inutilidad cortesana y de la falsa cultura de las ciudades; convertirla en una virtuosa república de honrados labradores; tal era, como veremos, el pensamiento de sus legisladores jacobinos que, por conducto de Rousseau, habían aprendido á conocer toda la grandeza de Licurgo. Conforme á su idea, el nuevo calendario ocupaba la plaza de un incomparable catecismo. Fabre d'Eglantine decía: «Si dirigimos en cada momento del año, del mes, de la década, del día la mirada y el pensamiento del ciudadano hacia una imagen agrícola, hacia un beneficio de la naturaleza, hacia un objeto de la agricultura, no podrá dudar de que esto es para la nación una tendencia hacia el sistema agrícola y de que el ciudadano cobrará amor á los manifiestos y preciosos dones de la naturaleza, de los cuales disfruta. El pueblo, durante largos siglos, ha sido embaucado por objetos fantásticos y por supuestos santos á quienes nunca vió ni todavía menos conoció (4).» En su consecuencia, se propusieron nombres nuevos para los doce meses, nombres que se tomaron del cambio de estaciones y de temperatura y del estado de desarrollo de las plantas. El año republicano comenzaba el día 22 de setiembre, en otoño: mes de vendimia (*vendémiaire*); mes de las nieblas (*brumaire*), mes de escarcha (*frimaire*); seguían luego tres meses de invierno, el de las nieves (*nivose*), el de las lluvias (*pluviose*) y el de los vientos (*ventose*); venían después los tres de primavera, el de la granazón (*germinal*), el de las flores (*floral*) y el de los prados (*prairial*); y por fin terminaban el año los tres de verano, el de la cosecha (*messidor*), el del calor (*thermidor*) y el de los frutos (*fructidor*).

Las semanas de siete días fueron sustituidas por las decadas de diez, que se denominaron *primidi*, *duodi*, *tridi*, *quar-*

(4) Esto se refiere al acuerdo de 6 de octubre, motivado por el primitivo plan de calendario del diputado Romme. *Histoire parl.*, XXIX, páginas 7-8.

tidí, *quintidi*, *sextidi*, *septidi*, *octidi*, *nonidi*, *decadi*. Cada día del año, en vez de llevar el nombre de un santo, tenía una designación propia de la época del año y de la agricultura: cada *quintidi* era designado con el nombre de un animal, y cada *decadi* con el de un instrumento de labranza, el más propio de la respectiva época, de manera que el labrador el día de fiesta podía ver en el calendario el instrumento que había de necesitar á la mañana siguiente: «idea viva que se hace asequible á los que nos proporcionan los alimentos y que les ha de demostrar en definitiva que con la República ha llegado el tiempo en que el labrador vale más que todos los reyes de la tierra y en que la agricultura ha de ser considerada como el primer arte de la sociedad civil. Fácil es comprender que con este procedimiento ningún ciudadano francés habrá que desde su infancia no haya hecho, aun sin saberlo, un estudio de los elementos de la agricultura; actualmente, todo ciudadano puede aprender en este calendario en pocos días lo que, para mengua de nuestras costumbres, no ha sabido hasta la hora presente, y sabrá, digo, en qué tiempo del año la tierra produce tales y cuales frutos. Me atrevo á decir aquí que esto no lo han sabido nunca muchas personas versadas únicamente en la ciencia urbana, cortesana ó frívola.»

Como los nuevos doce meses tenían solo treinta días cada uno, al final del año sobraban cinco días que no pertenecían á ningún mes: estos días fueron considerados como fiestas nacionales y recibieron el nombre genérico de *sansculottides*, pues (según decía el erudito autor del calendario) la costumbre de no llevar calzones la consideraron los antiguos galos como honroso distintivo de su raza. De que los romanos dieran el nombre de *Gallia braccata*, es decir, comarca de los galos que llevaban calzones, á una parte de la Galia lugdunense, debía deducirse que el resto de los galos no los llevaban (*nos pères des lors étaient donc des sansculottes*).

Así como la vida agrícola era fuente de todas las virtudes, la vida de las ciudades era el invernadero de toda la perdición moral y civil. En las grandes ciudades residían la riqueza, el lujo, el realismo, y con los nombres de «rico» y «burgués» anatematizaba Robespierre á todo cuanto era incompatible con su ideal del Estado. «¿Quiénes son nuestros enemigos? Los viciosos y los ricos,» escribía en un borrador de catecismo para los jacobinos (1) y justificaba al propio tiempo la sublevación del 2 de junio y la reunión de la Convención (2) con las siguientes palabras: «Los peligros interiores proceden de los burgueses; para vencer á estos es preciso dirigir un llamamiento al pueblo. Todo estaba preparado para someter al pueblo al yugo de la burguesía y para hacer perecer en el cadalso á los defensores de la República. Los que tal querían habían triunfado en Marsella, en Burdeos y en Lyon, y también hubieran triunfado en París, sin la actual sublevación, que debe subsistir hasta que se hayan tomado las medidas necesarias para salvar á la República. El pueblo debe unirse á la Convención, y esta debe hacer del pueblo un arma poderosa. La actual sublevación debe extenderse de lugar en lugar siguiendo siempre el mismo plan: los *sansculottes* deben estar á sueldo y permanecer en las ciudades. Es preciso darles armas, infundirles la cólera y proporcionarles conocimientos: es necesario enardecer por todos los medios posibles el entusiasmo republicano. Si los diputados son despedidos para sus casas, la República está perdida, porque seguirán engañando á los departamentos, al paso que los que les sustituyan no valdrán ya nada (3).»

(1) *Papiers inédits trouvés chez Robespierre*, etc. París 1828, II, página 13.

(2) Véase más arriba.

(3) *Papiers inédits*, etc., II, págs. 15-16.

A todas estas pasiones del fanatismo, preparaba la Convención una verdadera fiesta con la sentencia de muerte dictada en 12 de octubre contra la conquistada ciudad de Lyon (4). El decreto, después de haber dispuesto la creación de una comisión extraordinaria que por el procedimiento militar castigara á los contrarrevolucionarios de Lyon, añadía: «Todos los habitantes de Lyon serán desarmados y sus armas se entregarán inmediatamente á los defensores de la República, quedando una parte de ellas en poder de los patriotas lyoneses que han sido oprimidos por los ricos y por los enemigos de la Revolución. La ciudad de Lyon será destruida, y todas las habitaciones ocupadas por los ricos serán demolidas: solo quedarán en pie la Casa de los pobres, las viviendas de los patriotas asesinados ó proscritos, los edificios destinados especialmente á la industria y los monumentos consagrados á la humanidad ó á la enseñanza pública. El nombre de Lyon quedará borrado del mapa de las ciudades de la República: el grupo de casas que queden en pie recibirá el nombre de «ciudad libertada.» Sobre las ruinas de Lyon se levantará una columna que enseñe á las generaciones venideras los crímenes y el castigo de esa ciudad, y que ostentará la siguiente inscripción: «Lyon hacia la guerra á la libertad, Lyon ya no existe.»

Entre las pocas ciudades que no se sometieron sin resistencia á la tiranía de las Casas Consistoriales de París, Lyon, la segunda ciudad de Francia, pudo disponer de elementos para una tenaz defensa, desde el momento en que esta se impuso como una necesidad á los ciudadanos acomodados.

Después de una larga y encarnizada lucha, los partidos de orden de esta ciudad unidos obtuvieron una completa victoria sobre el jacobinismo, á cuyo frente se encontraba un demagogo llamado Chalier, y formaron, con el nombre de: «Comisión popular y republicana de salvación pública del departamento del Ródano y Loira,» un gobierno que en 4 de julio publicó un manifiesto contra los gobernantes de París, en cuyo final se decía: «El pueblo del Ródano y del Loira declara que está dispuesto á morir para sostener una Asamblea nacional libre y verdaderamente republicana, pero que, al propio tiempo, hasta que se restablezca la inviolabilidad y la libertad de la Convención, considera nulos todos los decretos publicados desde el 31 de mayo y adoptará las medidas necesarias para atender á la seguridad general (5).» Con el objeto de asegurar la resistencia armada fueron mejoradas las antiguas fortificaciones de la ciudad, se hizo un llamamiento á las milicias de los departamentos vecinos, y fué nombrado general en jefe un antiguo oficial del regimiento de Picardía, llamado Perrin de Précy. Un tribunal político extraordinario, nombrado recientemente, hizo comparecer ante sí á Chalier y á su amigo Niard, los cuales fueron condenados á muerte y ejecutados. La venganza de los jacobinos, que anunció Chalier al subir al cadalso, debía ser terrible. Desde el combate singular trabado en Pacy, junto al Eure, en 13 de julio, en el cual las dos partes contendientes, normandos y parisienses, habían huido en direcciones contrarias (6), nadie pensaba en Normandía en hacer resistencia. La orgullosa Burdeos, olvidándose de las pomposas palabras consignadas en atrevidos manifiestos, se había rendido sin intentar la menor lucha. En Marsella, desde la batalla de Salon (19 de agosto) (7), se había operado un cambio, cuya consecuencia fué la rendición de la ciudad al general Carteaux. Tolon, en su desesperación, había abierto las puertas á los ingleses, de suerte que no había que esperar auxilio por ningún lado,

(4) *Hist. parl.*, XIX, pág. 192.

(5) Mortimer Ternaux, VIII, pág. 110.

(6) Mortimer Ternaux, VIII, págs. 137-138.

(7) Mortimer Ternaux, VIII, pág. 213.